



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

### Solemnidad del Corpus Christi

#### Citas:

**Gen 14,18-20:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a10len.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a10len.htm)

**1Cor 11,23-26:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bdrzwk.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bdrzwk.htm)

**Lc 9,11b-17:**

[www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9arbcfi.htm](http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9arbcfi.htm)

El tiempo pascual ha terminado con el domingo de Pentecostés, pero la Iglesia aún nos permite disfrutar de su atmósfera gozosa y festiva, con algunas solemnidades que perpetúan no sólo el recuerdo, sino que nos permiten profundizar en el gran misterio de Cristo que culminó en la Pascua de Resurrección.

Entre estas solemnidades, sobresale la del Cuerpo y Sangre del Señor, muy apreciada por la piedad popular, y que nos permite captar cada vez más el gran misterio del amor de Dios que se ha hecho alimento para los hombres.

La solemnidad fue instituida por el Papa Urbano IV, que en 1264 la extendió a la Iglesia universal, después del extraordinario milagro eucarístico de Bolsena.

El prodigioso evento, en realidad, fue simplemente un estímulo, casi como una providencial provocación que hizo emerger algo que estaba ya maduro en la conciencia del pueblo cristiano, o sea, la íntima necesidad:

- de expresar el estupor cara al don inefable de Dios: la santísima Eucaristía;
- de detenerse en profunda meditación, para gustar este misterio que es la síntesis de la fe cristiana;
- de manifestar del modo más solemne la alegría por la realidad de la presencia real y sacrificial de Cristo;
- de proclamar la completa acogida de Aquel que, por medio del Sacrificio eucarístico, quiso permanecer establemente con nosotros, quiso hacerse alimento para nutrirnos en el difícil camino de la vida y, por tanto, saciar el hambre de Dios que todos tenemos.

La piedad cristiana ha sentido la necesidad de una manifestación gozosa y solemne de fe hacia Jesús eucarístico. Es evidente que esto no se puede hacer el Jueves Santo, día en el que fue instituida la Eucaristía, pero que también se abre al gran día de la Pasión.

Hoy sí, la Iglesia universal estalla en un himno de alegría, llevando a Jesús Eucaristía por las calles y rindiéndole públicamente el honor y la adoración que le es debida, en cuanto que Él se nos ha dado a Sí mismo como viático, alimento vivo para nuestras almas.

Las lecturas de la liturgia de la Palabra nos llevan a estas conclusiones, presentándonos el misterio eucarístico bajo los signos de ese pan y ese vino que son ofrecidos y transformados para la salvación de los hombres.

La primera lectura es una de las prefiguraciones más significativas del misterio eucarístico. El relato del Génesis nos muestra a Melquisedec, rey de justicia y de Salem (es decir, de paz), que ofrece pan y vino a Abraham, el hombre de las promesas de Dios, acompañándolo con una doble bendición, a Abraham y a Dios.

En el relato se vislumbra el signo de la realidad final: Cristo, rey de justicia y de paz, se ofrece a Sí mismo al nuevo pueblo de la promesa y ofrece justicia y paz, los dos bienes primarios del hombre, que en el Nuevo Testamento son sobre todo dones espirituales y escatológicos.

En el tiempo nuevo, el ofrecimiento del pan y del vino es la Eucaristía, es decir, alabanza y agradecimiento al Padre de parte del único y eterno Sacerdote, Jesucristo, el cual, con el ofrecimiento de Sí mismo, realiza también la última y eficaz bendición del hombre.

Es la señal de aquella nueva y eterna alianza con el Padre celestial, que lleva a la salvación, porque alimentándonos con su Cuerpo, se realiza la vida eterna.

En el relato evangélico, San Lucas deja entrever, en el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, un signo del nuevo pan. Jesús realizó ese milagro por compasión hacia la muchedumbre que lo seguía desde hacía varios días, hambrienta de su Palabra y olvidados hasta del alimento material. El Señor, pues, les ofrece un alimento abundante para saciar su hambre.

Podemos afirmar que Jesús ya tenía en su corazón el plan de darles un pan diferente, un pan que podría establecer una más profunda intimidad de Dios con los hombres; un pan que podía dar libre acceso a Dios, para penetrar en nuestro cuerpo y amalgamar nuestra carne con la Suya, nuestra sangre con la Suya.

San Lucas, como para confirmar este proyecto, recuerda las palabras de Jesús y nos invita a que este memorial sea repetido hasta la venida del Señor, permitiendo así que se pueda expresar toda nuestra fidelidad a la voluntad de Cristo:

- fidelidad que es memoria, porque es la representación siempre actual del misterio de Cristo, de su muerte y resurrección;
- fidelidad que es comunión, porque comiendo su Cuerpo nos ponemos en comunión con el Resucitado, realizando en la tierra la unión con Cristo, similar a la que tienen el Padre y el Hijo;
- fidelidad que es esperanza, en cuanto que alimentándonos con la Eucaristía, es el mismo Jesús quien nos asegura la vida eterna.